

## **Una reflexión a raíz de los precios del tomate, subsidios alimentarios y obesidad**

Sergio Britos

En lo que va de 2007, el Estado ya ha gastado prácticamente 400 millones de pesos para subsidiar a las cadenas elaboradoras de derivados del trigo (pan y fideos), lácteos, carne vacuna, porcina y aviar. Esos subsidios se suceden en el marco de un conjunto amplio de medidas de intervención del estado en las cadenas alimentarias y de comercialización (retenciones a las exportaciones, limitación de las mismas, intervención a mercados concentradores, controles de precios, etc.).

Nada de ello sin embargo parece haber resultado exitoso en la contención de la inflación: Salvo que se la mida a través del dudoso índice oficial del Indec (en el que ni el mismo Gobierno parece creer ya que de lo contrario no solicitaría una disminución del 5% en los precios de alimentos).

En lo que sí ha sido exitosa la estrategia es en generar un mayor clima de incertidumbre en el funcionamiento de las cadenas. Difícilmente se produzca la magnitud de inversiones necesarias para aumentar de modo significativo la oferta agregada de alimentos (para comer nosotros y exportar al mundo) en la medida en que las señales intervencionistas continúen. La cadena de la carne vacuna sabe muy bien de este tema y otro tanto la de trigo.

Ahora bien, repasemos un poco los números del principio: en 10 meses del año casi 400 millones de pesos de subsidios. Como son generalizados -no solo para los pobres sino para toda la sociedad-, representa menos de \$ 0,04 por día por habitante. Aún si hasta fin de año se gastara lo que el Gobierno previó en subsidios (\$ 1200 millones), cosa poco probable, no sería más de \$ 0,10 diarios.

No parece mucha cosa, pero en cambio si lo es desde el punto de vista de las señales de inversión y confianza hacia las cadenas alimentarias.

Desde esta columna reiteradamente hemos abogado por un mejor funcionamiento de la producción de alimentos -que debe crecer de manera sostenida y con cada vez mayor valor agregado- y su comercialización y la aplicación de un subsidio focalizado a los pobres -que por cierto son más que los declarados si no se toma en cuenta la dudosa metodología 2007 del Indec-. Bajo la forma de una tarjeta magnética para comprar alimentos a través de la cual el Gobierno pueda instrumentar rebajas que beneficien a quienes más lo necesitan sin alterar las reglas de funcionamiento de las cadenas.

Sin ir muy lejos en la región, Brasil mira al mundo -mientras compra frigoríficos argentinos y hasta nuestras criollas Alpargatas- mientras Argentina castiga a su sector más competitivo sin por ello beneficiar a los pobres.

Mientras tanto, las políticas erradas impactan directamente en lo que ya es el mayor desafío en salud: el sobrepeso y obesidad y sus patologías concomitantes (diabetes, hipertensión, enfermedades cardiovasculares).

Efectivamente, el comportamiento de los precios de alimentos, la escasa direccionalidad de los subsidios alimentarios y la ausencia de campañas o programas sistemáticos de diversificación de la dieta argentina conduce a una alimentación por cierto monótona, con exceso de calorías y con una marcada irregularidad en la ingesta de algunos nutrientes de importancia en tres grupos etéreos especialmente vulnerables: niños pequeños, mujeres en edad fértil y tercera edad.

El momento es especialmente oportuno para repensar como política de estado el funcionamiento coyuntural y el largo plazo de las cadenas alimentarias en articulación con desafíos impostergables en salud y nutrición.